

LA «FRANCESADA» DEL AÑO 12 (RECREACIONES HISTÓRICAS, RECONSTITUTIONS HISTORIQUES, HISTORIC REENACTMENTS)

José Emilio Iniesta González

*Mata a un hombre y serás un asesino.
Mata a millones y serás un héroe como
Napoleón.*

La época que comprende las dos últimas décadas del siglo XVIII y las dos primeras del XIX sigue provocando fascinación y hasta estupor entre muchos millones de personas actualmente en el mundo. Con la distancia temporal y el alivio que produce no vernos obligados a combatir en Austerlitz, Bailén, Borodino o Waterloo (ahora nos amenazan otros peligros, nos atemorizan otros horrores, pero son distintos), reconocemos que aquella época, terrible y cruel, fue también extraordinaria por muchas razones: se derrumba un mundo antiguo y surge otro nuevo; irrumpe esa revolución artística que fue el romanticismo, con sus primores y a la vez sus excesos; nos atrae la estética del periodo, incluso la de los uniformes militares (de los más bellos que hayan existido), etc. Esta fascinación ha hecho que se formen en numerosos países asociaciones dedicadas a las “recreaciones históricas de batallas napoleónicas” (reconstitutions de batailles napoléoniques, reenactments of napoleonic battles): los entusiastas miembros de estas sociedades reconstruyen sobre el terreno batallas de aquellos tiempos ataviados de húsares, dragones imperiales o soldados de infantería de línea, cargando sus mosquetes (reproducciones de los antiguos) y disparando salvas de pólvora sin balas, y hasta durmiendo en tiendas de campaña. Franceses, británicos, belgas, italianos, rusos, austriacos, checos y últimamente españoles se suman a esas recreaciones por media Europa, que además sirven para estrechar lazos entre gentes de diversos países, tener



un pretexto para viajar, conocer mejor la historia, hacer amistades con quienes comparten las mismas aficiones, etc.

En realidad, este fenómeno del “reenactment” no es nuevo, ¡y menos entre nosotros los españoles!, que somos maestros de la recreación histórica desde hace muchísimo tiempo, y me atrevería a decir que sus verdaderos inventores: *moros y cristianos, caballos del vino, rememoración del motín de Aranjuez, representaciones de historia medieval en Nájera, cartagineses y romanos, escenificación de la rebelión popular en Fuenteovejuna (según el bellísimo texto de Lope de Vega), recreación de la invasión de Cieza por las huestes granadinas (“Crónica y leyenda de una invasión anunciada”, texto de Carmen Carrillo Ortega),* y un larguísimo etcétera. Festivas en unos casos (dada la tendencia hispánica al jolgorio), serias y solemnes en otros, me atrevo a decir, sin chauvinismo alguno, que aventajan en pintoresquismo a las recreaciones napoleónicas: guerreros cristianos desfilando a los alegres sonos de “Paquito el Chocolatero”; feroces almorávides dispuestos en “filá”, o sea, en hilera, fumando

buenos puros canarios en un delicioso anacronismo; enjaezados caballos que suben la cuesta del Castillo-Santuario enardecidos por miles de gargantas; o centenares de ciezasos haciendo de sí mismos al rememorar las desdichas de sus antepasados... Pero las recreaciones napoleónicas, en concreto, nos recuerdan que aquella espantosa guerra que asoló España durante seis años tuvo en la Región de Murcia un impacto muy poco conocido: aunque no se produjeron grandes batallas, esta tierra sufrió enormemente a causa de asesinatos, saqueos, robos, pobreza, hambruna, epidemias...

Al iniciarse nuestra Guerra de la Independencia (2 de Mayo de 1808), dos cosas caracterizaban a la Región: la existencia de la única fábrica de pólvora importante que no cae en esos momentos en manos francesas, y la presencia en Murcia de uno de sus hijos más ilustres, el anciano José Moñino, conde de Floridablanca. A estos datos se suma el hecho de que Cartagena iba a ser, junto a Cádiz, uno de los poquísimos lugares de la Península jamás pisados por los franceses durante aquellos seis años de conflicto. La Real Fábrica del Salitre de Murcia abasteció de pólvora tanto a las tropas regulares españolas como a los guerrilleros durante casi dos años, desde mayo de 1808 hasta la primera llegada del invasor francés a estas tierras, el 25 de abril de 1810. Se trataba de un fábrica eficiente y en la que trabajaban más de cuarenta operarios (reforzados tal vez durante aquellos febriles meses del comienzo de la guerra). En cuanto al viejo conde de Floridablanca, con una larga trayectoria política y una experiencia en el gobierno más que acreditada, en las semanas que siguen al alzamiento popular en Madrid organizó desde la ciudad de Murcia una Junta Provincial que, según algunos, fue ejemplar y sirvió de modelo a otras juntas similares.

Dos fueron las preocupaciones de Floridablanca: por un lado preparar la resis-



tencia contra la invasión napoleónica (¡el ejército francés era el más poderoso y el mejor adiestrado del mundo!), y de otro asegurar el orden en aquellos difíciles momentos en que, debido al vacío de poder, se estaban produciendo desmanes por todas partes, y no sólo contra los gabachos. Razones tenía el viejo conde para inquietarse, pues en Cartagena una muchedumbre furiosa había asesinado a un general, acusándolo de afrancesado y agente de los Bonaparte. Hechos semejantes se produjeron en muchos lugares de España, destacando Valencia, donde un canónigo apellidado Calvo azuzó a los más exaltados, quienes tras cometer robos y pillajes por toda la ciudad, mataron a un grupo de comerciantes franceses a los que la guerra había sorprendido allí, y que no eran culpables, evidentemente, de las atrocidades cometidas por Murat en Madrid durante los días 2 y 3 de mayo.

En Murcia, y a partir del 25 de mayo de 1808, Floridablanca realizará la doble tarea de resistir contra la tiranía del francés

y atajar la anarquía del español, cosa que conseguirá tras muchas dificultades a causa de la atomización del poder, ya que cada municipio tendía a dictar sus propias normas y a no obedecer a ninguna autoridad superior. (Podríamos considerar este hecho como un precedente del cantonalismo que aquejará a la España de la primera República) Señalemos el hecho de que la Virgen de la Fuensanta fue nombrada “Generala”, pues el 27 de mayo de 1808, Pedro González de Llamas y Molina le regaló su fajín de general de brigada... no sabemos si voluntariamente u obligado por el frenesí, a la vez patriótico y religioso, del pueblo murciano. Un batallón de caballería formado en Murcia ostentó el nombre de “Fuensanta” en honor a la Virgen. Pero la marcha del conde a Sevilla primero y después a Cádiz, para integrar la Junta Central (llegaría a ser el primer presidente de las Cortes de Cádiz), provoca una grave crisis en la Junta Provincial de Murcia, pues el marqués de Villar, su nuevo rector, sufre el rechazo tanto de los otros notables como del pueblo (éste último se amotinará a finales de 1808), y la situación sólo se arreglará en parte con el nombramiento del marqués de los Vélez como nuevo presidente.

El año de 1809 está marcado en toda la Península por una segunda invasión de los franceses, esta vez con Napoleón al frente. Inevitablemente los invasores acabaron por llegar a tierras murcianas en la primavera del año siguiente. La Región estaba desguarnecida, pues la mayoría de los regimientos, así como la práctica totalidad de hombres útiles para el combate, habían marchado fuera: es el caso del Regimiento de Murcia (uno de cuyos brillantes oficiales fue el argentino José de San Martín), que participó en la victoria de Bailén, y luego intervino en otras acciones; se sabe que hubo murcianos entre los defensores de Zaragoza, etc. El 25 de abril de 1810, soldados franceses del regimiento del general

Sebastiani entraron en una Murcia casi desierta. Al exigir a las autoridades dinero y víveres, el alcalde de Murcia, Joaquín Elgueta, sólo pudo ofrecerles 34.000 reales, que los franceses consideraron una cantidad irrisoria, por lo que procedieron a saquear la ciudad, no sin antes haberse apoderado del dinero. Igual suerte que la capital corrieron otras localidades (Alcantarilla, Lorca, etc.). Cuando, tras la partida de los soldados de Napoleón, los habitantes de Murcia regresaron a sus casas, los más exaltados culparon a Elgueta de colaborar con los invasores, y le dieron muerte.

Pero aún más cruento habría de resultar el segundo saqueo, ocurrido el 26 de enero de 1812. Al percatarse el general Soult, hermano del famoso mariscal del Imperio, de las sólidas defensas de Cartagena, y conociendo ya a esas alturas cuán tenaz podía ser la resistencia de los españoles (bastante escarmentados ya, los franceses tenían muy presentes los casos de Zaragoza y Gerona), decidió saquear las indefensas ciudades y pueblos del resto de la Región. Una Región que, todo sea dicho, atravesaba un periodo de pobreza, hambruna, inseguridad (los robos eran frecuentes) e incluso epidemias que diezmaban horriblemente la población, como si los cuatro jinetes del Apocalipsis se hubiesen unido para abatirse sobre esta desdichadísima tierra. La profesora Pérez Picazo, entre otros, ha estudiado la angustiosa situación vivida en la Región durante esos años. A estos males había que añadir la acción de algunos guerrilleros que, como Jaime Alfonso “el Barbudo”, robaba y maltrataba a los españoles cuando no había franceses a quienes atacar. Por cierto que los guerrilleros fueron llamados en estas tierras “gavilleros”.

El 25 de enero entró en la ciudad de Murcia un contingente de no menos 600 soldados de caballería. Al día siguiente, mientras los oficiales se hallaban cómodamente aposentados en el Palacio



Episcopal, la soldadesca comenzó a saquear las abandonadas casas y palacios del barrio de San Nicolás a la caída de la tarde. En ese momento, un escuadrón español de 100 jinetes, mandado por el general Martín de la Carrera, entró en la ciudad, logrando en un principio, con el factor sorpresa como única ventaja, causar bajas a los gabachos; pero luego, al ver estos el escaso número de los españoles, contraatacaron. El general Martín de la Carrera, acometido por seis enemigos en la calle de San Nicolás, mató a dos de ellos antes de sucumbir. No obstante, los franceses, temiendo que hubiese más españoles por los alrededores, abandonaron la ciudad. Una modesta placa conmemora el heroico sacrificio del general de la Carrera, pero creo que Murcia no ha sido generosa con este héroe, que hubiese merecido un mayor reconocimiento y recuerdo por parte de la sociedad murciana.

Surge un interrogante: ¿cómo es posible que Martín de la Carrera, avezado militar, atacase a un enemigo que lo aventajaba en número de forma tan desproporcionada (6 contra 1)? En realidad, el general español contaba con más hombres, a los que había dividido en varios escuadrones. Su estrategia consistía en entrar en Murcia por varios lugares y atacar simultáneamente a los franceses, pero las demás columnas retrocedieron o no llegaron a entrar, quizás por cobardía. Aunque sabe-

mos que el comportamiento de los españoles fue en general heroico en aquella guerra, también hubo casos de notoria falta de valor: de ambos extremos da fe el gran novelista Pérez Galdós en la primera serie de sus "Episodios Nacionales". En cualquier caso, los franceses ya no volverían a invadir Murcia. La estrella de Napoleón comenzaba a declinar.

Atroces fueron para toda España las secuelas de aquella contienda. Terrible y a la vez apasionante se muestra esa época ante nuestros ojos. Además de las reconstrucciones históricas, están contribuyendo a avivar nuestro interés el cine y la literatura, como por ejemplo las excelentes novelas de Patrick O'Brian sobre el capitán Jack "Lucky" Aubrey, o el relato del cartagenero Pérez Reverte "La sombra del águila". Porque acaso nuestro deseo de conocer otras épocas, hasta meternos a veces en la piel de sus protagonistas, encierra el afán de vivir varias vidas a un tiempo, de ser muchos hombres a la vez.

BIBLIOGRAFÍA

- AYMES, Jean R.: "La guerra de la independencia en España (1808-1814). Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1974.
- CAMP, Federico: "La invasión napoleónica". Ediciones Aymá, Barcelona, 1943.
- DELGADO, Sabino: "Guerra de la Independencia: proclamas, bandos y combatientes". Editora Nacional. Madrid, 1979.
- DUFOUR, Gerard: "La Guerra de la Independencia". Historia 16. Madrid, 1989.
- FLORES Arroyuelo, Francisco: "La encrucijada de los siglos XVIII y XIX" ("La Región de Murcia y su Historia", tomo III). Diario La Opinión. Murcia, 1989.
- GUIU Y MARTÍ, Estanislao: "El año militar español". Publicaciones de la Biblioteca Militar. Barcelona, 1887.
- MARQUÉS DE LOZOYA: "Historia de España". Tomo X. Salvat Editores. Barcelona, 1979.
- PÉREZ PICAZO, M^a Teresa: "Historia de la Región Murciana". Tomo VIII. Edic. Mediterráneo. Murcia, 1980.